

# UNA ESTAMPA PIADOSA

Y TRADICIONAL DEL DOMINGO  
DE RAMOS

Máximo Cayón Diéguez

La Semana Santa de León tiene unos acentos muy propios. Simbiosis de certezas y remembranzas que abona la fe, su latido de siglos, austeridad, sobriedad y reciedumbre vertebran sus coordenadas que, como es sabido, son las claves del carácter leonés. Y casi cinco centurias sustentan sus raíces históricas. Asimismo, anotemos que su descollante imaginería, por sus valores didácticos y acentos pedagógicos, se torna altar móvil que deviene en catequesis itinerante. Y, al mismo tiempo, registremos también que la ciudad aporta, como telón de fondo, la escenografía de su trazado secular, siempre atrayente, siempre sugestivo, donde la conmemoración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor encuentra un proscenio acorde con las situaciones plásticas que se representan. De todo esto se desprende que durante dichos días sacros la poesía mística y los relieves ascéticos impregnan las raíces de esta antigua Urbe Regia. A mayor abundamiento, en determinados cortejos procesionales afloran unos trazos y florecen unos perfiles cuyo fomento y difusión demandan al menos el reconocimiento que se merecen.

Decía Ramón Gómez de la Serna que la letra es el sismógrafo del corazón. Y apoyados en ese aserto, recordemos al caso, y a modo de evocación, que el Domingo de Ramos de 1991, la cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Redención puso en escena su primer cortejo penitencial. Y, a la par, una serie de ceremonias que, con el paso del tiempo, han adquirido vigor y solidez. Una de las más singulares, sin ningún género de dudas, es el inicio de dicha procesión que, por la emotividad que atesora, reclama la atención de todos cuantos acuden a la plaza de Santa María del Camino.

Ciertamente, esta agrupación pasional nació con un espíritu inequívocamente leonés y, desde entonces, ese sello preside todos sus actos. En los tiempos actuales, mantener en alza ese valor, tan nuestro, tan representativo de nuestro carácter, supone un esfuerzo añadido digno de encomiarse. Dicho cuanto antecede, porque hubiera sido injusto soslayarlo, en aras de la brevedad, vayamos al hecho que nos ocupa.

Cuando la tarde exhala sus últimos estertores, y el hermano Secretario golpea tres veces la puerta del Convento de Santa María de Carbajal, todas las miradas convergen allí. Es la señal convenida para que la manifestación pasional inicie su andadura. Y, además, un lema que pondera debidamente la identidad de la citada cofradía. Evidentemente, es uno de los trazos, uno de los perfiles, aludidos anteriormente, que caracterizan su personalidad. Y es que esta tríada de sonidos es un símbolo distintivo, una rúbrica con claros visos de convocatoria, una expresión de fe, no una mera sucesión de percusiones.



El número tres tiene claras referencias en la Sagradas Escrituras. En el Génesis, (18, 1-8), tres hombres de identidad misteriosa se aparecen a Abraham, en la encina de Mambré, haciendo referencia al Dios único. Jonás, (2,1), permaneció tres días y tres noches en el vientre del pez. En el libro del Éxodo, (23,17), se estipula que los varones israelitas habían de presentarse tres veces al año delante de Yahved, el Señor. El profeta Isaías (6,3) nos recuerda que Dios es tres veces santo. Y, claro está, tres son las personas de la Santísima Trinidad. Juan de Yepes, el frailecico de Fontiveros, San Juan de la Cruz, nos ofreció la visión poética: “Con el uno y con el otro / en igualdad y valía; /tres Personas y un amado /entre todos tres había”.

Este comienzo de procesión es una aportación inestimable que enriquece la espiritualidad de la Semana Santa de León. Luego, el redoble del tambor, que, al fondo de la escena, suena con claros tintes patibularios, con una ronquedad apocalíptica, dota al acto de severidad y recogimiento y establece una característica de dicha cofradía. Si a ello añadimos que, en mitad de un silencio conmovedor, y a renglón seguido, el citado hermano Secretario anuncia la salida del cortejo pasional con profusión de detalles, la devoción y la curiosidad se yuxtaponen y dan carta

de naturaleza a un acto que, por su singularidad, forma parte ya por derecho propio de esos “lugares de interés” que tanto se encarecen ahora.

La cofradía de Nuestro Señor Jesús de la Redención, fundada en 1990 por un grupo de apasionados papones leoneses, realiza también otros actos dignos de ser destacados. Unos, durante el itinerario de la procesión; otros, como el Besapié, el quinto sábado de cuaresma, en la capilla del Monasterio de la MM. Benedictinas, o como el ejercicio del Vía Crucis, en la popular plaza del Grano, el Lunes Santo. Evidentemente, la descripción de todos ellos excede los límites asignados.

En resumen, hemos rememorado uno de los actos singulares que se enmarcan dentro de nuestros cortejos pasionales. Desde su implantación, aquel Domingo de Ramos de 1991, han pasado cuatro lustros. Hoy, es una estampa piadosa y tradicional que, por derecho propio, forma parte del prontuario de las más acendradas tradiciones de la Semana Santa de León.

